Suscripción: **Trimestre**
España, Portugal y ambas Américas 2'00 pesetas
Paquete de 25 ejemplares . . . . . 2'75 »
Demás países
Suscripción: Trimestre . . . . . 3'00 »
Paquete de 25 ejemplares. . . . . 4'00 »
Número suelto 15 céntimos

REVISADO POR LA CENSURA

REDENCIÓN

Semanario anarquista Emilio Mira

Redacción y Administración
Santo Tomás 3, 2.°
ALCOY - ALICANTE - ESPAÑA

AÑO I — **Alcoy 19 de Abril de 1930** — **NÚM 3**

Etica política

La metáfora que transcribimos, es tan incongruente como ilógica. Habla el ministro de Gobernación, en agosto de 1917.

«La sangre mancha pero no ensucia», dijo axiomáticamente en su discurso del teatro Zarzuela.

Zarzuela o tragicomedia en diversos actos.

De esta metáfora no haremos nosotros la apología. Bien entendido. Metáfora que tuvo trágica realidad, en contra la clase trabajadora, consecuencia de la huelga general en España, en agosto de 1917.

«La sangre mancha pero no ensucia»... Todos los gobernantes son archimagnánimos para absolverse a sí mismos respecto de sus propios hechos, violentamente vesánicos.

En tales casos, la ética jurídica (y política) es de absoluta absolución, y con premio de buenos servicios, para con el hombre de gobierno. Esta moral: vesanía patológica, es sintomática de cronicidad; acusa en el individuo hábitos de ancestral morbosidad, complemento de una psicología satánica. Lo mismo que la ley que consagra tan absurdos procedimientos en el *arte* de gobernar.

No haremos la apología de tamaño apotegma. Pero deber ineludible de frenólogos y psiquiatras, debería ser el someter a examen científico, previo, a los políticos que aspiran a gobernar.

Solamente trataremos de deducir elementales puntos éticos, ante la vida social, el respeto, el derecho imprescriptible del individuo, la entidad social hombre.

La morbosa venalidad que contiene, sentenciosamente, dicho aforismo, está absolutamente reñido con el más elemental principio. En primer lugar, de la moral cristiana; por consiguiente, reñido está con el principio de libertad; y condenado, naturalmente por la lógica, con el más sencillo de los principios de ética social: el sentido común.

Ante el sacrilegio de José Sánchez Guerra: «La sangre mancha pero no ensucia», hay el imperativo moral del Decálogo que proclama, alto, más fuerte aún, como suprema Ley universal: «No matarás».

La sangre fratricida mancha; también ensucia, empaña y anula la conciencia del deber fraternal. Y constituye, además, un padrón de ignominia, de perenne afrenta; es el estigma que se grava, indeleble, en la conciencia del hombre... Del que la tiene.

Al proclamar tal ignominia como norma doctrinal en la acción política y en el ejercicio de autoridad gubernamental, es cohonestar el derecho a la máxima violencia; es dar estado legal de fusilamiento contra el pensador racionalista, humano; es negar jurídicamente el más elemental principio de justicia; es eliminar el principio de humanidad. Es el «cúmplase la ley» de Moret, al ser consultado por Maura (1909) ante el caso de Francisco Ferrer, fundador de la Escuela Moderna. Cuya monstruosidad jurídica se demostró, tanto por la conciencia universal como por los jurisconsultos humanistas, en la revisión del proceso (1911) ante el Congreso de los Diputados.

En tanto sea considerada una ética (política) despóticos procedimientos de gobierno (*soi-disant paternalista*) en exclusivo beneficio de una casta explotadora, proclamaremos alto que es una ética fuera de la lógica y la razón.

***

No obstante el concepto del apotegma, sentando jurisprudencia con principios de refinada sevicia, para afirmar el concepto abstracto Estado, hay gobernante que, ante el juez inexorable de su propia conciencia —cuando la conciencia le acusa de vesánicos hechos no puede resistir cierta influencia de fuerza mayor: el caso de miedo insuperable. Que, a veces, más fuerte que el hombre, y mediante una violenta crisis nerviosa hasta llegar al paroxismo, máxime si afecta al corazón, aniquila, fulminante, al individuo. Es el caso de Primo de Rivera. Vencido y en el ostracismo, ostracismo espiritual y de conciencia, dicen las crónicas que leía *La Vida de Jesús*, y otro libro: *Psicología del miedo*. «Tal era su apocalíptico estado de espíritu...» Pero siempre llegan tarde y a deshora los actos de penitente contrición. Porque el dictador, en España *cerró los ojos a la razón, como* en París y para siempre. Como aquel juez (1894) en el trágico proceso de Montjuiht. No hay enmienda. Ni cultura. Ni lógica. Ni siquiera concepto de humanidades.

***

Veamos otro ejemplar de muestra. Las crónicas se complacen en constatar jocosamente el caso. Porque el caso es de miedo insuperable.

...Los guardianes, cautelosos, alerta, se suceden día y noche. En ventanas y balcones, y desde el zaguán hasta la azotea, los centinelas guardan rigurosa consigna...

Dicen que el hotentote general es una especie de hombre-ogro, fiel prototipo del rinoceronte...

A todas horas atisba, receloso, entre los que le rodean; y a veces eleva, fijos, sus ojos de caimán en el vacío... Siempre está inquieto. Quisiera descifrar el enigma de su propia conciencia. A veces, se sacude, presa de cierto escalofrío, y agita su paquidérmico cuerpo como si tuviera azogue...Morfeo no es su cordial amigo. No concilia el sueño tranquilamente. Le sobresaltan las pesadillas, atormentándole el corazón.

Una noche, se despertó sobrecogido de terror. Estaba lívido. Una satánica pesadilla le convulsionó los sentidos. Desorbitados los ojos, tembloroso aulló: «¿Qué es eso?...».

—«Nada, señor», contestó el esclavo, guarda nocturno de cámara.

Sí; algo era...

Eran los espectros de sus víctimas que flufan en tropel dantesco ante su victimario. Aquellos espectros le recordaron, en las tinieblas de la noche, la horrible tragedia que sufrió el obrero, en enconada lucha de clases, en España, máxime en la Barcelona roja por el terror blanco.

Aquel general, inculto y enemigo nato de la cultura, sin atributos morales, siempre ignoró el precepto: «Corta más la palabra que la espada». Su incurable venalidad le recordaba, empero, una ley inexorable: «la ley del Talión: Ojo por ojo, diente por diente», y su equivalente complementario: «El que hiera por el hierro por el hierro perecerá».

Y esta posible eventualidad, le causaba pavor; terror, pánico.

Mas un día... De incógnito y disfrazado, huyó de la tierra de San Francisco de Loyola.

***

Mientras en política—acción de gobierno—la ética sea que «la sangre mancha pero no ensucia», la psicología, por naturaleza complicada, del gobernante, no habrá redención. No habrá resurrección posible, no obstante la espectacular ceremonia anual del sábado de resurrección (día de Gloria), remember de la tragedia del Gólgota, inmolando al Cristo de la leyenda.

La Resurrección es posible cuando el hombre, indivuduo o colectividad, si ha cometido excesos violentos, no reincide. La Resurrección es por altruismo, por bondad, por amor.

Por los más altos atributos morales del Hombre.

Jaime ARAGO

Lo que queremos

Anarquistas, queremos destruir la propiedad tal cual existe, porque es el producto de la explotación del hombre por el hombre, del privilegio otorgado por los gobiernos o del derecho del más fuerte.

Ateratas, no queremos que existan propietarios de grandes extensiones de terrenos al lado de familias que no tienen donde descansar sus cuerpos, no queremos herederos de la fortuna y herederos de la miseria.

Libertarios, no queremos que un título o un testamento basten para pasarse la vida sin trabajar.

En la sociedad ideal anarquista, la educación y la instrucción de la infancia de harán de tal forma que todos comprendan la necesidad del trabajo sin más excepciones que los inválidos físicos irremediables. Y como quiera que ya no habrá el mal ejemplo actual de los unos que trabajan y de los otros que se pasean, de estos que comen y de aquellos que ayunan, todo el mundo contribuirá a la producción de la riqueza común en la medida de sus fuerzas y todos comerán con arreglo a su apetito.

Y les será fácil a los educadores el inculcar a los niños el gusto y la obligación general del trabajo.

Siendo los hombres razonables, al revés de lo que ocurre actualmente, encontrarán sin grandes esfuerzos el medio de ser durante su vida propietarios de lo que les rodea y de que amen, sin que ese derecho a la propiedad pueda causar perjuicio a nadie, ni crear supremacía de ninguna especie.

Precisamente la demencia de los que no comprenden la anarquía proviene de la impotencia en que se hallan de concebir una sociedad razonable.

Francisco FERRER

Aclaración

Acción, número 9, publica en primera plana la nota remitida por nuestro amigo Peiró, titulada UNA RESOLUCIÓN, y la redacción, por su parte ha creído de oportunidad colocar al pie este comentario:

Acción no quería publicar esta nota del camarada Peiró. Pero la seguridad de que todos los demás órganos afectos a la C. N. T. la publicarían, nos ha obligado a ello.»

REDENCION, que no es un órgano de la C. N. T., pero que siente eminente preocupación por cuantas cosas atañen a la C. N. T., recibió, también esa nota, que no hemos querido cometer la *apresurada ligereza* de publicar.

Los peligros de los pactos circunstanciales y de los compromisos

En todas las épocas confusas de la historia de los pueblos, las fuerzas de oposición al poder existente han tenido siempre una tendencia natural a unir sus esfuerzos, en buscar una plataforma de acción común, para destruír un régimen bamboleante y llegado al término de su evolución.

Generalmente, esta tendencia se ha precisado, reforzado y acrecentado en el transcurso de los períodos de gran incubación revolucionaria, antes de la ejecución de los actos decisivos que han puesto fin a la existencia del último gobierno representativo del orden de cosas condenadas a desaparecer.

Parece ser, pues, *a priori*, que basta con que las fuerzas de oposición—de izquierda y de derecha, políticas, económicas, filosóficas—puedan entenderse en el punto esencial, *por ejemplo la necesidad de hacer desaparecer el poder ejercente*, para que la coalición se forme automáticamente y que las fuerzas de oposición obren de concierto.

Es sin duda lo que pensaba Radek, jefe del movimiento comunista, cuando concluyó, en Alemania, en 1923, una acción con Reventlow, jefe de los fascistas, para derribar el gobierno social-demócrata.

Es lo que Radek llamaba entonces *«andar un trecho juntos»*.

Es de toda evidencia que, si la coalición Radek - Reventlow hubiese triunfado, hubiera debido disolverse en cuanto aquel trecho hubiera sido alcanzado.

¿Cuál hubiera sido en ese momento, la situación respectiva de los aliados?

Siendo el uno partidario de la institución de un régimen comunista autoritario y el otro de un sistema social fascista, es absolutamente cierto que los coaligados de la víspera hubieran debido resolver la cuestión de supremacía con las armas en la mano. El acuerdo era, por consiguiente, *desde su origen*, absolutamente negativo.

Sin duda, no faltará quien me objete que ese género de «pacto circunstancial» es bastante especial y que no se le puede concebir más que admitiendo que la inmoralidad, virtud esencialmente comunista, es elevada a la categoría de un principio.

Yo lo concedo de buen grado, sin perjuicio de constatar, no obstante, que un parecido convenio realizado en el pasado, sigue siendo posible en el futuro.

Por lo tanto, voy a citar otros ejemplos no menos históricos e indiscutibles para los elementos económicos y políticos de vanguardia.

Nadie pondrá en tela de juicio, por ejemplo, que en la base del gran movimiento revolucionario de 1789, en Francia, hubo un pacto previo entre el tercer-estado, el bajo clero y el pueblo para destruír los privilegios de la monarquía, de la nobleza y del alto clero.

Tampoco es de negar que durante las jornadas de 1830 y de 1848 y hasta de la Comuna de París de 1871, análogos pactos fueron concertados.

¿Qué aconteció?

En 1789, desde la caída de la monarquía, una nueva clase dirigente: la burguesía volteriana ha nacido y a partir de 1790, acto continuo, ha negado a los obreros el derecho de asociarse para la determinación del salario, mientras por otro lado reconocía ese derecho a los comerciantes, vendedores y patronos, por la votación de la ley Le Châtelier. Desde ese momento, *la lucha de clases se convertía en una realidad*. En menos de un año, la burguesía se ha desembarazado de su incómodo asociado de la víspera: el pueblo, principal artesano de la revolución y lo encadenaba a su carro.

¿Aconteció de otra manera en febrero 1848, apesar de la subida al poder de *Luis Blanc, de Albert y de Ledru-Rollin*, partidarios del socialismo de Estado. No; una vez más, el pueblo fué odiosamente engañado.

En 1871, en reincidente empedernido, a quien nada entibia la confianza y la fe, el pueblo de París, recomenzó la experiencia. La colaboración de los elementos liberales con los de la 1.ª Internacional impidió el dar a la Comuna de París una base de acción sólida, debido a que había un *desacuerdo ideológico evidente* entre las fuerzas asociadas. Ello dió lugar al fracaso completo.

De todas esas coaliciones con los adversarios de clase a tendencia más o menos liberal y los políticos de toda laya, ¿ha sacado beneficios tangibles el proletariado? ¿Ha hecho algún adelanto en el camino de su liberación? No. ¿Por qué?

Porque el pacto no puede concertarse *sino sobre el terreno de lucha de la agrupación menos avanzada* y que las agrupaciones de vanguardia deben amputar siempre su propaganda de lo esencial; porque deben, en efecto, *aceptar* el programa de sus asociados momentáneos y, de hecho *renegar* el suyo.

Es, por consiguiente, completamente normal que la victoria (?) común sancione la puesta en aplicación del programa de la agrupación menos avanzada y el triunfo del más reaccionario de los asociados.

No queda otro remedio al proletariado que recomenzar para obtener el mismo resultado, hasta el día en que, instruído al fin por sus escarmientos en cabeza propia, comprenda que debe por sus propias fuerzas, perseguir sus objetivos de clase. Aquel día, estará dispuesto para realizar su destino, pero antes no.

¿Qué puede importar a los trabajadores que el poder sea monárquico o republicano, si las clases sociales continúan subsistiendo, si la propiedad y la autoridad no están abolidas?

¿Es que, por acaso, la república defiende de peor manera al capitalismo que la Monarquía? ¿Es qué tanto una como otra no son los dóciles instrumentos de los poderes del dinero, de las grandes agrupaciones industriales?

¿Es que la colaboración «momentánea» de clases, que practican los liberales políticos y económicos, es menos peligrosa que la lucha de clases abierta de los reaccionarios?

¿Es que la entrada al Parlamento burgués de elementos obreros, hasta anarquistas, es susceptible de precipitar la transformación social?

Plantear estas preguntas equivale a resolverlas. *La Asociación Internacional de Trabajadores*, en todos sus Congresos: Berlín, Amsterdam, Lieja, ha condenado severamente todas esas «combinaciones» de que el proletariado es *siempre* la víctima.

Cuando en el punto 5, el Congreso constitutivo de la A. I. T. de diciembre 1922, declara:

«El sindicalismo revolucionario rechaza toda actividad parlamentaria y toda colaboración con los organismos legislativos. El más libre sufragio no hará desaparecer las contradicciones flagrantes que existen en el seno de lo sociedad actual: EL SISTEMA PARLAMENTARIO NO TIENE MAS QUE UN OBJETO, EL DE PRESTAR UN SIMULACRO DE DERECHO LEGAL AL REGIMEN DEL ENGAÑO Y DE LA INJUSTICIA SOCIAL Y DE LLEVAR LOS ESCLAVOS A PONER EL SELLO DE LA LEY A SU PROPIA ESCLAVITUD, con ello entendió condenar de una manera expresa todo acuerdo *circunstancial o no*, entre los sindicatos y todos los partidos políticos.

No lo hizo sin reflexión, sin razón y motivo. Basándose en todas las experiencias del pasado como ha afirmado lo que precede.

¿Puede concebirse ahora que un movimiento anarco-sindicalista puede ser lo bastante olvidadizo de sus principios y de sus deberes de clase para concertar un compromiso con el poder que tiene por misión de derribar? una «negación» semejante, ¿no es una insensatez, una FALTA imperdonable?

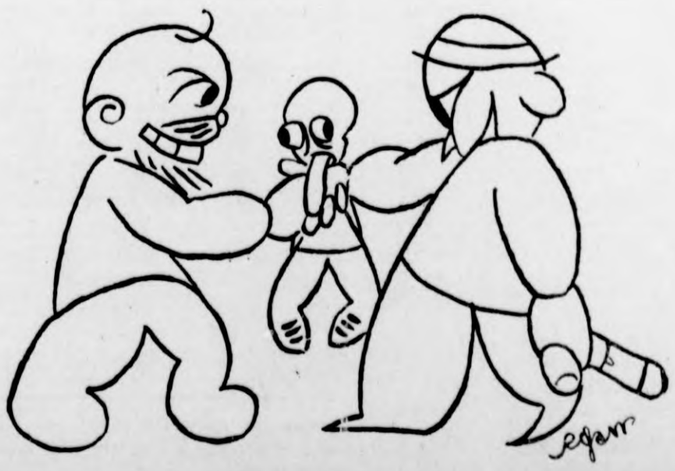
¿Cómo puede abrigarse la idea de pedir a un adversario irreductible el *derecho a existir*, siendo así que todo su interés—un interés vital—consiste en que esa agrupación desaparezca?

Una cuestión se plantea entonces: *¿A qué precio consiente el gobierno la existencia de su adversario?*

E inmediatamente acude a mi mente esta otra pregunta: *una existencia semejante ¿vale la pena de ser vivida?*

Pedro BESNARD

Lazos de unión



Los partidos políticos se dan las manos, fraternalmente.

La política militar del gobierno laborista

El presupuesto de guerra inglés, que está ahora publicado en sus detalles, denuncia para el ejercicio de abril 1930 a abril 1931 una disminución de 605.000 libras esterlinas con respecto al de 1929-1930.

La aviación dispondrá sin embargo de 1.050 mil libras de más que el año último.

El presupuesto de la marina ha sido disminuído en 4.136.000 libras. El total de esas reducciones es, pues, de 3.081.000 libras.

La disminución era de 2'5 por ciento para 1925-1926; los años 1927, 1928 y 1929 denunciaban también un portentaje de disminución respectivamentee de 4,1 3 y 1 por ciento. Todas esas reducciones corresponden a la baja del índice de los precios de los artículos necesarios al ejército.

Sería pues totalmente inexacto el decir y el ver en esa disminución de tres millones de libras del presupuesto de la guerra un síntoma de desarme inspirado por la política socialista del gobierno.

En ese punto de vista, la política del gobierno laborista tampoco difiere en nada de la de sus predecesores, puesto que si algo disminuye los gastos de la marina no es más que para aumentar considerablemente los de la aviación, en más de diez por ciento.

En resumen, el gobierno inglés no puede tener por su parte también más que aquellas buenas intenciones con que está adoquinado el infierno.

Freno a las ilusiones

Diversos hechos de carácter internacional o que se desarrollan en más de un país del mundo, han suscitado en algunos la ilusión de hallar en la democracia burguesa, —en el retorno a ella donde había sido abatida— una salida de la espantosa crisis en que se debate el mundo.

Movimiento democrático en España, gobierno laborista en Inglaterra, gobierno a cuyo frente se encuentran los socialdemócratas en Alemania, subida y descenso, al poder de un gobierno radical en Francia... «¿Qué más queréis?» Tienen el aire de preguntarnos nuestros amigos de los partidos más o menos afines especialmente los socialistas. Pero en particular lo que les abre el corazón a las más rosadas esperanzas es todo este desarrollo de conferencias interestatales a base de pacifismo, desarme, Sociedad de las Naciones, etc.

Digamos la verdad. La gente que se ilusiona nos complace más que la que se desespera y vuelve las espaldas a toda acción redentora. Cuando el abatimiento es universal, y todos suspiran desconsolados como si hubiesen pasado ya el umbral dantesco de la puerta sobre la que está escrito «dejad toda esperanza los que entráis», ver en las caras la sonrisa, las miradas iluminadas por esperanzas, puede ser también un buen signo. Ciertamente eso causa más placer que lo contrario. Pero. .

Pero cuando se intuye de inmediato que el que se ilusiona se ilusiona sin razón, después del primer momento, su rostro radiante de optimismo nos da pena, porque en aquel rostro prevemos muy fácilmente los signos de un más acerado y desesperante dolor de mañana. Es preciso en suma estar en guardia contra las esperanzas demasiado fugitivas y sobre todo contra las demasiado mal fundadas. Causan el efecto de un vasito de aguardiente a un hambriento: lo reanima por un instante, pero después lo deja más deprimido y hambriento que antes, y a veces lo envenena, apresurando su muerte.

Hemos leído hace poco artículos de demócratas y social-demócratas que sobre todo en esas tentativas de acuerdo que hacen los Estados para alejar el espantajo de la guerra, ven una espiral de luz, a través de la cual la democracia estaría destinada a vencer de nuevo por las fuerzas objetivas de la sociedad y por las voluntades humanas que son su expresión. Algo del mismo género era repetido hace poco a propósito del aparente giro a la izquierda del parlamento francés, pero que no ha terminado de reservarnos sorpresas, sin excluir las más reaccionarias.

Y bien esa fe en «las fuerzas objetivas de la sociedad»—recordamos que a ellas se confiaban con la misma expresión fraseológica algunos demócratas en Italia para el fin del fascismo en 1926 y ahora purgan en el destierro el haberse fiado de aquella ilusión,—tal confianza puede tener un tristísimo despertar para el pueblo que se mezcase en ella. Eso porque las fuerzas objetivas de la sociedad no pueden tener otra manifestación práctica, en política y en economía que la de las fuerzas que dominan la sociedad moderna, en medio a las cuales los valores espirituales e intelectuales que gustan de acompañarse de ellas están en la situación escabrosa del vaso de creta de una vieja fábula que viajaba entre vasos de hierro. Están destinados a romperse tarde o temprano.

Tal es la suerte de la libertad y del bienestar de los pueblos, mientras estos estén obligados a conducir su existencia bajo las fuerzas de la sociedad actual, que son las fuerzas capitalistas y estatales. Las cuales no tienen otras bases que las del propio desenvolvimiento económico y del propio poder político las unas y las otras del propio predominio de clase y de casta. Según lo exija su complejo interés, pasan indiferentemente del liberalismo al absolutismo (o viceversa), de la autocracia a la democracia, del liberalismo al proteccionismo, y son o han sido en cada país, sucesivamente, patriotas o instrumentos del extranjero, o a su modo cosmopolitas, socialistófilas o socialistófobas, volterianas o devotas,—pero siempre y solamente según lo exige su interés de dueñas de la riqueza y del poder.

Mientras quedemos en el círculo vicioso de la sociedad de base capitalista y estatal—dos bases que se consideran siempre conjuntamente, porque se condicionan y determinan de un modo recíproco—todas las esperanzas puestas en su juego automático están destinadas a sufrir decepciones. Sólo cuando se salga del círculo vicioso, es decir cuando las voluntades humanas que se concretan en la voluntad popular no se dejen determinar más por las condiciones objetivas de la sociedad, sino que se decidan a cambiar esas condiciones, a cambiar las bases que son lo que son en otras igualitarias y libertarias, los llamados «inmortales principios del 89», de que se vanagloria la democracia, pero que es impotente e incapaz de realizar, cesarán de ser palabras vacías de sentido.

Naturalmente los demócratas, los republicanos, los social-demócratas y en general todos los partidos autoritarios que de un modo u otro quieren ir al poder, no saben ni pueden colocarse en nuestro punto de vista; pues para ellos el problema no puede resolverse más que con una fórmula estatal. Aun cuando sus esperanzas naufragasen, como están ya en vías de naufragar, o bien cuando circunstancias excepcionales las volviesen a conducir al punto de partida democrático de hace cuarenta o cincuenta años (cuyo punto de llegada volvería a ser fatalmente aquél en que hoy estamos), buscarían siempre las causas en todo fuera de sí mismos; y a lo sumo pondrían la causa en los hombres y no en el sistema. Pero el sistema no tendría por eso efectos menos deletéreos, sobre los cuales reclamamos la atención no tanto de los demócratas estatales, demasiado lejos de nosotros, como de los proletarios que anhelan la propia liberación y de los hombres que aspiran sobre todo a un porvenir de libertad y de justicia.

No hay que olvidar nunca que el hoy es el hijo legítimo del ayer, su consecuencia inevitable, el efecto de las causas que el más próximo pasado ha contenido y madurado. Observense los acontecimientos humanos en su complejo, y no los de un solo país o limitadamente a los últimos cinco o seis años; tómese todo el conjunto de la catástrofe histórica que se inició con la guerra de 1914—y se verá claro que todo ha sido una consecuencia del juego de las fuerzas objetivas de la sociedad, que se ha dejado desenvolver sin la resistencia suficiente de parte de las voluntades y fuerzas del pueblo, proletarias y de libertad.

Si el presente es reaccionario, bajo nombres diversos y formas múltiples, en todo el mundo, y lo sigue siendo, a pesar de las resurgidas débiles resistencias en algunos países de los partidos político democrático-estatales—no hay que olvidar que ese presente ha surgido del experimento liberal, democrático, parlamentario de cerca de un siglo. El cual ha demostrado que un mundo regido capitalista y autoritariamente no sólo no puede realizar las fórmulas, en gran parte abstractamente óptimas, proclamadas desde 1789 a 1794, sino que después de un período más o menos largo perdido en contradecirse y en intentar la salvación de las apariencias, es llevado a renegarlas completamente y a volver a los sistemas autocráticos de los tiempos de Luis XIV perfeccionados sin embargo, por la experiencia y por los progresos mecánicos de los siglos posteriores. No hay necesidad de ser profetas o hijos de profetas para prever que si volviésemos a las situaciones que hubo desde 1800 a 1850, tales situaciones culminarían con mayor celeridad, pues ahora los tiempos van más aprisa—de nuevo en una situación semejante, tal vez peor que la que vá de 1814 hasta hoy.

Con una insistencia digna de mejor causa, muchos demócratas europeos, especialmente italianos y franceses, se atreven todavía a reclamarse de programas y esperanzas alimentadas desde 1914 a 1918 por la guerra de la Entente contra los imperios reaccionarios del centro de Europa; y sostienen que la victoria de la Entente no podía conducir al imperialismo y a la reacción. ¿No podía? ¿Pero a dónde nos ha conducido sino? ¿O es que la aspiración básica democrática estatal es para ellos una venda tan espesa que impide a los demócratas ver lo que incluso los ciegos ven, y lo ven no sólo en los países caídos bajo las dictaduras burguesas más violentamente reacias, sino también en lo que ha dado en llamarse dictadura proletaria, y también en los países que permanecieron democráticos, como Inglaterra, los Estados Unidos, Alemania, etc., y por repercusión en aquellos mismos que escaparon al infierno de la guerra, incluso estos lejanísimos países de la América latina?

La ilusión ahora vuelve a tomar fuerza por los experimentos de democracia estatal que se han reiniciado en alguna nación europea, y por las tentativas estatales,—no observemos su grado de sinceridad, de ententes llamadas pacifistas. Pero es una ilusión que debería desmentirse por sí misma mediante la observación objetiva del desarrollo de los experimentos nombrados, que muestran más cada día su inconsistencia. Sobre todo la ilusión se evidencia falaz como la mentira más descarada, si se tiene en cuenta el carácter de las tentativas de entente interestatales, determinadas exclusivamente por la necesidad de tregua y de autodefensa del régimen capitalista, y nada más que por eso, contra la eventualidad de una guerra demasiado anticipada,—pero siempre en vista de una guerra que tarde o temprano todos los Estados capitalistas se reservan para hacer un día. El interés de los pueblos y el interés de la libertad no tienen nada que ver en eso, y nada pueden esperar: sólo pueden aprovecharse de esas circunstancias pero desde fuera, para una insurrección suya autónoma e independiente.

¡No! el camino sugerido por estas ilusiones que resurgen no es el bueno. Nosotros no reprochamos al que mece allí su optimismo, sólo en cuanto es optimismo. También nosotros somos y queremos permanecer optimistas. Pero nuestro optimismo es otro, diverso y adverso al democrático. Cuando vemos a los demócratas y social-demócratas alegrarse por los tímidos acercamientos entre los diversos Estados, recordamos que esos Estados son los enemigos de los pueblos en cuyo nombre hablan, cada uno del propio pueblo y de los otros pueblos al mismo tiempo. Los Estados no saben escribir la palabra «paz» más que sobre las móviles arenas del mar mientras toda su política en el interior y en el exterior no se resuelve más que en una intensificación de la lucha contra el proletariado y en la preparación, a través de la tregua, de nuevas guerras para mañana.

También nosotros somos optimistas, repetimos, pero subordinadamente a lo que podemos esperar del pueblo y del proletariado, del despertar de la conciencia, de la voluntad de las masas. Nuestro optimismo busca y tiene otra base: confía únicamente en el espíritu de revuelta en el deseo creciente de liberación y en el creciente sentimiento de fraternidad entre todos los pueblos que sufren en silencio y trabajan sin descanso.

Hoy, por ejemplo, nuestros ojos están dirigidos con mucha más ansia a los pasos que está dando, todavía en la oscuridad del subsuelo, el pueblo español, que a los penosos juegos de equilibrio que están haciendo los gabinetes ministeriales laboristas y socialdemócratas de Inglaterra y de Alemania.

Luigi FABBRI

En la brecha

Dispuesta a comentar los puntos enunciados en mi anterior vamos a empezar hoy la tarea, sin tener la pretensión de acertar, ni de verter ideas originalísimas.

1.º El anarquismo debe de tomar una parte de responsabilidad en la lucha de los trabajadores contra sus opresores: el Capitalismo y su lacayo el Estado. ¿No? ¿Porqué? ¿Sí? ¿En caso afirmativo los anarquistas deben trabajar con miras a permitir a su movimiento ejercer su influencia sobre la base misma del orden social existente?

No creo que este punto tuviera una importancia tan grande como se le ha dado, si no fuera porque muchos llamándose anarquistas no han pasado de unos meros sindicalistas, que consagrando a la lucha sindical una supremacía sobre todo, han circunscrito su propaganda a cuatro ideas generales, tales como la explotación del hombre por el hombre, la coacción del Estado, etc.

Viviendo la realidad que nos rodea, vemos la importancia de la lucha de clase y la responsabilidad que el anarquismo tiene en la lucha de los trabajadores contra sus opresores, por ser una fase importantísima en su desenvolvimiento social y mucho más contra el Estado, que es el organismo de mayor rémora para el libre desenvolvimiento de los pueblos.

¿Tal andará de anarquismo, el que desconozca que no es defensor de una clase determinada y sí de renovación total de la sociedad, y no podría ser consecuente con su doctrina el que circunscribiera su actuación a la lucha de clases, entablada entre explotadores y explotados, siendo en verdad los horizontes del anarquismo mucho más amplios que todo eso. Cumple esta aclaración para que se pongan las cosas en su punto, y no se crea que por muy amplias y liberales que sean las consecuencias que de la lucha económica se deriven puedan ser la meta del ideal anarquista.

Siendo la desigualdad económica un factor importantísimo en el actual desenvolvimiento de la sociedad, el anarquismo, como demoledor de toda clase de injusticias, tiene un papel muy importante contra el capital y el Estado. Desde luego que todo gobierno estatal tiene detrás de sí un cortejo de privilegios, que aunque no afecten solo a la clase proletaria, es a esta a quien oprime con más injusticia y como en todo gobierno estatal subsiste el capital y por ende la desigualdad económica, el anarquismo al hacer acto de presencia como reformador de esta sociedad, se encuentra con el problema de la desigualdad económica y por lo tanto tiene necesidad de resolverlo, y esto no puede hacerlo sin tomar una parte de responsabilidad en la lucha de los oprimidos contra sus opresores.

Para llegar el anarquismo a un estado social donde la humanidad se desenvuelva en la más completa libertad, han tenido que desaparecer todos los obstáculos que a ello se oponen; pero estos obstáculos no desaparecerán por si solos, sino merced a una fuerza moral que los inutilice, y no es de presumir, que el anarquismo, que debe tener soluciones para cuantos problemas se le planteen, deje de tener una para este de la explotación del hombre por el hombre.

Efectivamente, aunque en nombre de un anarquismo puritano, que por no contaminarse con tácticas sindicales se desentendiese del problema económico, dejándolo para los sindicatos única y exclusivamente, esto solo sería de nombre, ya que la sociedad capitalista combatida siempre y en todas las ocasiones por el anarquismo, tiene el morbo Capital y su defensor el Estado maniobrando continuamente en su favor, y al tratar de establecer el equilibrio entre todos los miembros sociales, el anarquismo se encuentra con la desigualdad económica y tiene que aceptar una responsabilidad en esa lucha, tratando de orientarla hacia el fin de acabar con esa desigualdad en su totalidad, sin cuyo requisito es punto menos que estéril la lucha entre oprimidos y opresores.

Naturalmente, que la responsabilidad que el anarquismo acepte en la lucha entre la clase explotada y el capital, tiene que ser con miras a ejercer su influencia sobre la base misma del orden social existente, porque en tanto que subsista un solo privilegio se volverán a dividir los hombres y a encumbrarse unos con perjuicio de los otros.

Toda la organización actual descansa sobre una base falsa y pretender abolir una injusticia, dejando en pie las otras, es pretender un absurdo, ya que volvería a resurgir como consecuencia lógica de las otras. Paulatinamente se han ido conquistando libertades, que en un momento dado han sido anuladas, porque los encargados de administrarlas, dependientes de un sinnúmero de leyes coercitivas, se han visto obligados a atropellarlas o a dejarse arrastrar por ellas.

De la misma manera el problema económico tiene unas cuantas consecuencias irremediables en la actual sociedad, y así el paria, el esclavo y el asalariado, tienen diferente significación según en la época en que se desenvuelven; pero su redención cae fuera de la actual sociedad, no pudiendo salir de su condición de inferioridad, sino es a cambio de cambiar totalmente la constitución social, haciendo desaparecer el capital.

Y así como es un error crasísimo dar al movimiento netamente obrero, el nombre de anarquismo, es una necesidad que este tome una parte de responsabilidad en la lucha de los trabajadores contra sus opresores, descendiendo siempre al fondo de la cuestión, es decir, ejerciendo toda su influencia en la base de la constitución de la actual sociedad, origen y causa de todas las desigualdades.

Antonia MAYMON

De interés local

La Comisión organizadora encargada de realizar las tareas preliminares conduncentes a la creación de un grupo de Estudios Sociales en Alcoy, nos comunica que lleva bastante adelantadas sus gestiones. Es indispensable, para que su labor cobre la positiva amplitud requerida, que cuantos se interesen por su prosperidad, les secunden con su esfuerzo, comenzando por enviar su adhesión y ayuda económica, forma de habilitar el local y adquirir los enseres necesarios.

Para más detalles, dirigirse a
Miguel Blanes
San José, 44. Barbería.

Quien se convierta en gusano no tiene el derecho a lamentarse si luego se le aplasta.

KANT

Constituyente y Dictadura

«¿Cómo impedir que nuestra Oposición a la Constituyente abra el camino a la dictadura?»

La cuestión es en efecto importante y urgente, puesto que los tiempos maduran rápidamente y pudiéramos hallarnos de un momento a otro frente a una situación que ni nos permita ya el discutir y nos obligue a una rápida acción, a la cual deberemos estar espiritualmente preparados. Por esto invito a mi vez a los compañeros a que desmenucen y examinen el argumento desde todos los diversos puntos de vista, y entre tanto doy aquí mi contribución a la discusión.

Entre Constituyente y Dictadura no hay diferencia esencial. La una y la otra son poderes que asumen, o tratar de asumir, en sus manos todas las fuerzas sociales, para imponer a la colectividad las propias ideas y sobre todo los propios intereses. Aquellas, en sus formas modernas más o menos revolucionarias, obran en nombre del «pueblo soberano» o en nombre del «proletariado consciente y evolucionado»; pero en realidad son siempre pequeñas minorías que ahogan toda libre iniciativa, e imponen al «pueblo», o al «proletariado» o sea a todos, y especialmente a los trabajadores, el dominio de una casta, o de un partido, cuando no sea el de una o algunas personas.

Pero una diferencia hay: es simple diferencia de grados y de maneras, mas en manera alguna desdeñable, ya que en la vida y en la historia todo es en el fondo cuestión de grados y de maneras.

La Dictadura es el logro del fin perseguido. Es el pequeño grupo que ha conseguido constituír un organismo militar y burocrático, y domina por su mediación, dispuesto siempre a desbaratar con la fuerza brutal todo intento de resistencia.

La Constituyente es todavía la lucha entre los partidos por conquistar el predominio, por imponer de hecho, ya que no de derecho, la propia dictadura.

La Dictadura es la capa de plomo: es la supresión abierta, descarada de toda libertad, contra la cual no hay otra resistencia posible que la conspiración y la sublevación armada.

La Constituyente a causa del contraste y de la lucha entre los partidos tiene necesidad, hasta que uno de los partidos no haya logrado imponerse, de hacer llamamiento al consenso de la mayoría, de tener cuenta de las corrientes de opiniones que se agitan en la masa popular, y deja por eso abiertos respiraderos a la libertad.

Nuestra posición frente a un intento de Constituyente debe ser la adopción de la acción directa de las masas.

Nosotros debemos *obrar* e inducir las masas a *obrar*, sin aguardar a que vengan las órdenes de un poder o de un centro cualquiera.

Lo primero de todo, propugnar y llevar a cabo el armamento general, el armamento de todos. Guardarse bien de caer en la trampa de un reglamento que impidiese el porte de armas a determinadas clases o a determinados partidos con la excusa de desarmar a los contrarrevolucionarios. Por ese camino los desarmados terminaríamos por serlo nosotros y la masa de los trabajadores y se iría pronto a la constitución de los especiales cuerpos armados al servicio del partido dominante. Al estado actual de los ánimos lo mejor sería y quizá el único modo de evitar, o disminuír, el uso de armas y la ofensa a la libertad es el armar a todos, y poner a cada uno en la posibilidad de defender, por si mismo o con la ayuda de los amigos y de los vecinos, la propia libertad.

Y luego proceder acto continuo, y como se pueda, a la expropiación de los capitalistas; ocupación por parte de los trabajadores de las fábricas, de las tierras, de los barcos, de las vías férreas y de todos los géneros de consumo disponibles y organización de la distribución y de la producción por medio de los sindicatos, de las cooperativas, de las Cámaras del Trabajo, de los grupos de voluntarios y de toda especie de asociaciones existentes o que se constituyesen para las necesidades inmediatas.

Reunión de asambleas comunales, intercomunales, regionales, nacionales, que tomasen las iniciativas necesarias, las concordasen con las iniciativas de los otros y las pondrían en práctica sin la pretensión de hacer una ley para todos ni imponerla con la fuerza a quienes no aceptasen.

Rebelión activa, armada si se tercia, contra todo intento de dictadura.

Negativa de participar, como electores o como elegidos, a todo cuerpo representativo, Constituyente u otro cualquiera, que pretendiese hacer leyes y construir una fuerza armada para hacerla respetar. En fin, dejar hacer a los demás todo aquello que nosotros no podamos hacerlo mejor que ellos. Antes bien, dichosísimos de que haya quien se encargue, si se trata de cosas necesarias o útiles y prontos a dar cuando llegue el caso nuestro voluntario concurso. Adaptamiento a las condiciones impuestas por la naturaleza de las cosas y por las necesidades del momento, pero resistencia a toda pretensión de imponerse por la fuerza.

Conciliantes y transigentes hasta lo que se pueda sin contravenir a los principios básicos de nuestra revolución, y esto es que nadie viole por la fuerza la libertad del prójimo, y nadie tenga los medios de obligar a los demás a trabajar para él y a dejarse explotar.

Con todo esto ¿haremos la anarquía?

En el estado actual de nuestras fuerzas y del nivel moral de la población, probablemente no.

Probablemente se irá a parar una vez más a una constitución social inficionada por el autoritarismo y por el privilegio.

Pero cuanto mayor sea nuestra actividad en el período revolucionario, mayores serán las conquistas hechas directamente por el pueblo, más numerosas y amplias las realizaciones ejecutadas antes de que venga la nueva ley, y menos opresiva será la subsistente autoridad, menos agobiador el persistente privilegio.

Y más ancha y más fácil la vía del porvenir.

Errico MALATESTA

Las contribuciones del mundo moderno

Imaginaos una inmensa obra en la que 15 millones de obreros, provistos de una herramienta formidable, están ocupados en un trabajo de día y de noche. Detrás de ellos, 55 millones de hombres trabajan exclusivamente en fabricar y transportar todo cuanto es necesario a su sustento, a su equipamiento, al abastecimiento y a la renovación de su herramienta. Y más atrás aun, los pueblos de 29 naciones reducen su consumo al máximun (en ocasiones hasta por bajo) y consagran sus privaciones y su ahorro en alimentar aquel gigantesco equipo.

Todos los recursos del universo acuden a esta obra. Ahora bien, los 15 millones de hombres que penan, no solamente no producen nada, sino lo que es más triste, se ocupan únicamente en destruír todo lo que pueden alcanzar y en destruírse entre sí.

He ahí en eso, ciertamente, el fruto de una imaginación descabellada, al parecer, que el mismo genio de Wells no hubiese osado concebir, hace diez años. Es sin embargo el espectáculo que nos ha dado el mundo durante 51 meses.

Más de 100 mil millones de jornales de obreros han sido empleados en la guerra. Con un esfuerzo semejante así centralizado y organizado, se hubiera podido transformar el planeta y crear una masa enorme de riquezas. No se ha hecho uso más que para destruír.

Francis DELAISI

El pueblo y el arte

Cuando se clausuró el Salón artístico, uno de mis amigos, admirador y amante de todas las cosas bellas, sintió mucha pena porque una enfermedad y después un viaje que lo alejaba de París no le permitieron llegar a tiempo para visitar la Exposición; y se lamentaba de no haber podido ver la cantidad extraordinaria de estátuas y de pinturas, cuyas noticias leía en las revistas de arte.

¡Que mi buen compañero se tranquilice!

Un paseo por los senderos de una selva, sobre las hojas caídas, o algún instante de reposo junto al borde de un manantial límpido y puro—se los encuentra todavía a unas quince o veinte leguas de los *boulevards* de París—presto lo consolarán de haberse privado de una visita al sólito palacio en donde, todos los años, se reconcentran temporalmente lo que suele llamarse las «bellas artes».

No quiero, en verdad, decir nada malo: desde muchacho he admirado siempre los prodigios de las ferias, las bellas danzarinas de cuerda, los malabaristas que hacen rápidamente girar una gran cantidad de platos, los prestidigitadores que rompen los relojes y los truecan en ramilletes de flores. Y de este modo hoy continúo admirando las cosas que se exponen en el Salón, con la máxima ingenuidad y sorpresa, como el último de los curiosos. También allí veo artistas prestidigitadores manipular y mezclar los colores con una increíble destreza, aliar las sombras y las luces de maneras del todo inesperadas, y lograr hacer resaltar del fondo negro un esplendor luminoso sorprendente. Todo eso me parece ciertamente muy bello, o más bien sorprendente, y aplaudo sinceramente al virtuoso del pincel.

¡Y sin embargo no estoy satisfecho! ¿Quizá que sea ese el bello arte? ¿Hallo en él el deseado consuelo para mis afanes, para el tedio de la vida cotidiana y para los profundos dolores que me amargan la existencia?

Todos esos objetos pintados, esculpidos, dibujados o grabados ¿pueden hacerme olvidar la sórdida miseria que hay fuera de allí, y la presencia del gendarme armado que allá abajo, junto a la puerta, o en la misma sala, podría blandir su arma sobre el ciudadano pacífico y destrozarle el cráneo? ¡No! todo este arte policromo que acumula sus diferentes productos en las salas doradas suministradas de prestado por el Estado, no puede ser sino un arte falso; mentiroso, porque este no es obra del pueblo libre.

Falta la cosa más esencial a la mayor parte de aquellos que han trabajado en producir uno o más metros cuadrados de estas decoraciones para paredes: falta el arrojo natural y jovial de la arrogante independencia. Entre tanta faramalla, ¡cuántos objetos no están ahí para testimonio de la servidumbre moral, de la degeneración, de la vanidad y de la cortesanía humana! Las imágenes de falsos grandes hombres pululan así como las escenas del vicio y de mil sucias fealdades que mejor hubiera sido dejarlas en las impuras alcobas. A su contacto, toda otra obra verdaderamente bella queda profanada.

¡Ah! si los pintores y los escultores fuesen libres en la explicación del propio genio, no habría en verdad necesidad de encerrarse en las Salas. No debieran hacer otra cosa más que reconstruir nuestras ciudades; lo primero de todo demoler esos inmobles cubos de piedra, en donde se amontonan los seres vivientes en una dolorosa promiscuidad, pobres y ricos, mendigantes y acaudalados, hambrientos y ahitos, víctimas y verdugos. Ellos debieran quemar todo el viejo barracón de los tiempos de miseria en una inmensa fogata; e imagino que, en el museo de las obras por conservar, no dejaría gran cosa de las pretendidas obras artísticas de nuestros días.

Entre las suntuosas ciudades modernas de los Estados Unidos hay una que lleva el nombre de Siracusa, como la ciudad siciliana, y que tiene la pretensión de ser también un modelo por la belleza de los monumentos. Pues bien; uno de los más nobles edificios de la ciudad tiene la fachada adornada con dos estátuas alegóricas representando la Civilización y el Progreso de las que la primera tiene en una mano la clásica antorcha y en la otra una póliza de seguros contra incendios, y la segunda estatua representa una elegante señorita jugando al *croquet*. Tales son en el mundo industrial americano, tipo ideal para nuestro mundo europeo, las ideas que se tienen de la humanidad civilizada y progresiva, y he ahí cuales son del mismo modo las cosas antipáticas que los artistas revolucionarios deberán con júbilo destruír cuando comiencen para la humanidad los días de la belleza.

Las ciudades que edificarán entonces serán bellas, porque las elevarán con amor y porque serán hombres libres trabajando para hombres libres.

En la historia pasada ¿cuáles fueron los períodos más grandes para el arte, sino aquellos en que más se aproximó a una cierta libertad relativa, los tiempos maravillosos de la Grecia ateniense y la era de las Comunas antes de la vil reacción contra la Reforma y antes del concilio de Trento? Los edificios públicos eran obras de amor, concebidas con entusiasmo, construídas con ternura, como productos esencialmente personales de la sangre del corazón de cada uno. Escultura, pintura, música y danza, labores del artista individual, nacieron por libre generación no menos de los trabajos colectivos, como la arquitectura o la construcción de una ciudad. Así surgieron los templos de las ciudades helénicas y las catedrales de la Edad Media; poblaciones enteras, animadas de un mismo arrojo, arrastradas por un mismo deseo, colaboraban a la obra común que debía ser a un mismo tiempo la gloria de todos y la alegría particular de cada ciudadano; el uno reconocía la piedra por él transportada, el otro el bajorrelieve que había esculpido o el color debido a su pincel. No había nadie en la comunidad que no hallara, en el espléndido conjunto del edificio, la parte donde su especial ideal de belleza había tomado forma material.

Todavía en nuestros tiempos de envidiosos monopolios, de propiedad estrechamente privada, de división del trabajo llevada a la exageración, se dan casos de público entusiasmo en donde se ven obras realmente bellas, brotar en un movimiento de arrojo popular. Determinadas fiestas, en las que no se entremete enteramente para reglamentarlas el mundo de los funcionarios, aciertan completamente y se hacen con una maravillosa alegría, con una cordialidad tan simpática que se conserva siempre el dulce recuerdo. Este concierto improvisado, aquella escena teatral representada en un impulso de verdadera fraternidad, dejan inefables impresiones, mientras la memoria de las más fastuosas ceremonias oficiales halaga solamente la vanidad de los síndicos que han sido condecorados para las circunstancias y de los bomberos que recibieron la manga de extinción.

Hombres de buena pero impotente voluntad tratan de conciliar lo inconciliable, no queriendo atacar las causas del desacuerdo. Ellos quisieran que el arte permaneciese sincero, dejando sin embargo al artista condenado a la necesidad del lucro. ¡No! lo bello y lo útil no pueden reconciliarse hasta que los hombres no estén unidos. Estando hoy dividida la sociedad en clases enemigas, el arte es necesariamente falso, porque participa a los intereses y en las pasiones hostiles. Entre los ricos se convierte en fausto, entre los pobres no puede ser más que imitación o ilusión; además el dinero, de que los artistas están obligados a preocuparse antes que nada, vicia aquello que queda de artístico en los unos y en los otros; la sinceridad, la ingenuidad, deben en las obras de arte ceder el sitio a la habilidad y a la «magia» del *saber hacer*: ni las protecciones gubernativas, ni las academias, ni los museos de la tarde o de la mañana, ni los concursos y exposiciones podrán cambiar todo eso. ¿Y la miseria? ¿Cómo puede un pueblo llegar a ser artista, cuando los sufrimientos del hambre y de las enfermedades lo consumen y lo enloquecen?

«El principio del arte—dice Ruskin—consiste en volver bello al pueblo. Ha habido sin duda un arte en países donde no todos seguramente fueron bellos, y en los que antes, por efecto del sol abrasador, los labios de los más estaban hinchados y la piel ennegrecida; por eso no lo hubo nunca, allí donde se veían flácidos y pálidos carrillos por efecto de un miserable trabajo o porque vivían en una sombra mortal; y donde los labios de la juventud, en vez de hallarse pletóricos de sangre, estaban enflaquecidos por el hambre o deformados por venenosos medicamentos y brebajes.»

Un viajador inglés, que recorrió los países de Oriente, cuenta una anécdota que permite juzgar el valor del *precioso* concurso ofrecido por la protección oficial al desarrollo de la ciencia y de las artes. Un alfarero fué a instalarse en las orillas del golfo Pérsico para fabricar objetos de una belleza extraordinaria. Un día el gobernador del contorno recibió la orden de enviar al ingenioso artesano a la Corte. El desgraciado artista se dió cuenta en seguida de la suerte que le esperaba: se vió ante todo encerrado en un palacio, y por consiguiente, vuelto esclavo, obligado a trabajar gratuitamente para los cortesanos y los príncipes, y a soportar sus caprichos y las humillaciones de sus consejos. Reunió cuanto poseía, hizo de ello regalo al gobernador, suplicándole comunicara a la Corte que el alfarero había desaparecido, que en vano se buscaban sus huellas, y, después, el desventurado se guardó bien de hacer otra cosa que ollas vulgarísimas.

«El arte es la vida», dice Juan Baffier, el obrero escultor que ha puesto tanta pasión en esculpir en el marmol la noble y pura faz de la campesina, su madre, y la de los valientes trabajadores, de los prudentes labradores. ¡El arte es la vida!

Cuando el trabajo apasiona, cuando él proporciona alegría, el trabajador se vuelve artista, quire embellecer su obra, le da un carácter de universalidad, lo hace duradero ante la admiración de todos.

Hágase solo alfileres—dice Diderot—pero hágaselos de buena gana, contentos del propio estado o condición.

El aldeano gusta que se venga de lejos a admirar el surco derecho e igualmente profundo que ha trazado con mano segura, guiando sus bueyes; el arriero pone su placer en medir bien el equilibrio del carro sobre los animales, en adornarlo con bellos flecos y riendas pomposas, a menos que la miseria no lo haya envilecido quitándole todo espíritu de iniciativa. Todo obrero trata de proveerse de buenas herramientas no solo para el trabajo, sino que también bellos para ser guardados; escoge por sí mismo la madera o el metal, lo pule y lo ajusta, lo decora con ornamentaciones y dibujos.

Aún aquellos trabajadores, cuya obra desaparece aún apenas realizada, segadores y vendimiadores, no saben ser menos artistas en la forma de manejar sus trastos y de efectuar su cometido; durante años se cuentan del uno al otro las proezas recíprocas de rapidez y duración de sus inmensos esfuerzos. Toda profesión tiene sus héroes; hasta en la reducida vida de la aldea, que constituye ya un mundo completo, cada uno de estos héroes halla poetas que perpetúan la nombradía, sobre todo en las largas noches de invierno, mientras las vacilantes llamas y los ademanes de los brazos hacen oscilar las sombras, acercándolas y alejándolas a su vez, y dando a las cosas la impresión del misterio y de la intimidad. ¡Pero allí, en aquellos humildes hogares del arte primitivo, han surgido nuestras epopeyas y nuestras arquitecturas! Y mientras que quede alguno, de estos lugares pacíficos para el trabajo dichoso, habrá siempre esperanza. De esta célula inicial surgirá quizá la ciudad del porvenir.

Y no es solamente la restauración, el embellecimiento de nuestras ciudades lo que esperamos del hombre vuelto artista cuando sea libre; contamos con él también para que renueve la belleza de las campiñas, adaptando todas sus propias obras al ambiente de la naturaleza, de manera que nazca, entre la tierra y el hombre, una armonía dulce a la mirada, reconfortante para el espíritu. También los grandes edificios podrán ser de admirable belleza cuando los constructores hayan comprendido el carácter del sitio circunstante, y que la obra del hombre se armonice con la labor geológica de los siglos en un conjunto armonioso.

De este modo es como un templo griego continúa, desarrolla y engalana, por así decirlo la roca sobre la que ha sido elevado; forma parte integrante, le da un sentido más elevado, lo transforma, lo glorifica, lo pone a tono con un ideal superior del hombre. Pero hay todavía eminencias que fuese el que fuere el monumento, lo profanarían; y se recibe una impresión de verdadero disgusto cuando insolentes arquitectos, pagados por huéspedes sin pudor, construyen sobre enormes *caravansérails* (1) bloques rectangulares de ventanas simétricas y sobre las cuales surgen mil cúspides humeantes, todo ello frente a picos soberbios de granito, a campos de nieve inmaculada y de ríos de témpanos de hielo azul serpenteantes por los valles de la montaña.

De esta forma los hombres han deshonrado semejantes paisajes grandiosos de Suiza y demás comarcas de Europa y de América; el admirador que se complace en el misterio de la naturaleza, se le hace huir de los lugares que más admmira; se aleja con repugnancia de la muchedumbre de estúpidos y de los negociantes que se empujan al asalto de las rocas de Zermatt, y no a buscar más lejos algún lugar que la moda no haya aún profanado.

La Tierra es infinitamente bella, pero para asociarse a su belleza, para gloqueda otro medio que el ser libres, el hacer la revolución decisiva contra el dinero y abolir la «lucha de clases» aboliendo con la igualdad todas las clases.

Eliseo RECLUS

(1) *Caravansérail*: Parador público de Oriente para alojar las caravanas.

[redacted]

Sin tiempo para dedicar el correspondiente espacio, a última hora, llega a nosotros la noticia del fallecimiento, en Madrid, del compañero

JOSE MARTIN ARJONA

Muere en plena juventud y madurez intelectual.

Fué un animador de nuestro movimiento, haciendo enérgicas campañas en favor de nuestra causa desde las columnas de *Iberión*, en Francia, de donde fué expulsado.

Perdemos un amigo, y la causa uno de sus sostenes.

[redacted]

Páginas olvidadas

—:-:—

En verdad, los reyes son los más egoistas de todos los seres. Si las serpientes, de las cuales nuestros poetas hablan tan mal, tuvieran una literatura, harían de los reyes el símbolo de la ingratitud. Yo he leído en alguna parte que un perro se llevó el corazón de los reyes que Dios acababa de hacer, y no queriendo este recomenzar su obra, puso en su lugar una piedra. Esto parece bastante verosímil. En cuanto a los Capetos, es posible que en lugar de corazón tengan un forúnculo de lirio. Desafía a que se me pruebe lo contrario.

Porque se les hizo una cruz con óleo sobre la frente, su persona es augusta; son majestades y usan *nos* en vez del *yo*; si sus criados les rasguñan al ponerles la camisa, será un sacrilegio. Sus hijos son altezas; altezas estas marmotas que una mujer lleva en un puño, pues su cuna cabría bajo una jaula de polluelos; ellos son los más altos, entre los altos, las montañas serenísimas. De buena gana harían dorar los pezones de sus nodrizas. Si tal efecto nos hace un poco de aceite, ¿qué respeto tendremos para las anchoas, que se escabechan en aceite hasta que se comen?

En la casta de los señores, el orgullo les lleva hasta la demencia. Se les compara a Júpiter, poseedores del rayo, y aun no se creen bastante honrados con la comparación. En tanto Júpiter tiene la gota o la tisis y necesita dos criados para que le lleven a la mesa o al lecho, que otro le calienta. El rimador Boileau ha ordenado a los vientos—con su particular autoridad—que se callaran, teniendo en cuenta que iba a hablar Luis XIV.

«Y vosotros, vientos, estad silenciosos, que voy a hablar de Luis.»

Y Luis XIV encontró esto muy natural. Sin embargo, no pensó en ordenar a los comandantes de su escuadra que hablaran de Luis para calmar las tempestades.

Todos estos pobres locos creen que el espacio de tierra donde ellos reinan les pertenece; que Dios da a Eudes el suelo y el subsuelo, por a el goce de él y sus descendientes, sin turbación ni obstáculo. Si un cortesano les dice que Dios ha hecho el Sena expresamente para alimentar el gran estanque de las Tullerías, lo tendrá por un hombre ingenioso. Miran a los millones de hombres que están a su alrededor como una propiedad, cuyo título nadie les puede disputar si no es bajo pena de horca; unos han venido al mundo para suministrarles dinero; otros, para morir por sus querellas; algunos, que tienen la sangre más limpia y roja, para hacer procrear a sus amantes. Todo esto resulta evidentemente de la cruz que un viejo arzobispo les hizo sobre la frente con su mano caduca.

Ellos cojen un hombre en plena juventud, le ponen un fusil entre las manos, un saco en la espalda, adornan su frente con una escarapela, y luego le dicen: «Mi colega de Prusia me ha injuriado y tú vas a correr a castigar a sus súbditos. Yo les he hecho prevenir por mi ujier, que llamo heraldo, que el quince de abril próximo tendrás el honor de presentarte en la frontera para degollarlos, y que ellos estuviesen prontos a hacerte un buen recibimiento. Estas son atenciones que se deben a los monarcas. Es posible que tú creas en el primer momento que tus enemigos son hombres; pero te advierto que son prusianos; los distinguirás de la raza humana por el color de su uniforme. Procura cumplir bien con tu deber, pues yo te miraré desde aquí, sentado sobre mi trono. Si consigues la victoria, cuando vuelvas a Francia te pasearán bajo las ventanas de mi palacio, y yo descenderé, vestido de gala, a deciros: «Soldados, estoy contento de vosotros». Si sois cien mil hombres, a ti te corresponderá una cienmilésima parte de estas cinco palabras. En el caso de que tú quedes en el campo de batalla, lo que muy bien podría suceder, enviaría la partida de defunción a tu familia, a fin de que ella pudiera llorarte y tus hermanos pudieran heredar de tí. Si pierdes un brazo o una pierna, te pagaré lo que valgan; pero si tienes la suerte o la desgracia, como tú quieras, de librarte de las balas, cuando ya no tengas fuerza para llevar tu mochila te daré licencia y podrás ir a reventar donde gustes; esto no me importa.»

—Así es la cosa—dijo el sargento—.Cuando ellos han extraído de nuestra sangre el fósforo con el cual hacen su gloria, nos tiran a un lado, como el viñero tira a la basura el resíduo de la uva después de haber exprimido su líquido, como el niño tira al arroyo el hueso d la fruta que acaba de comer.

Esos soldados, como mi perro Cicerón, después de dar su sangre para lo que llaman la gloria del país, les obligan a pasar el resto de su vida en un chiribitil de remendón, mientras que un hato de peleles dorados acaparan todo el dinero de la renta y que sus cortesanas tienen para envolverse negligentemente por la mañana cachemires de los cuales un solo hilo vale por todos los vestidos de una mujer de su casa. Si yo fuese Dios, les pondría un uniforme de plomo y los condenaría a hacer mil años de servicio en la Luna, con todas sus iniquidades en la mochila. Los emperadores serían cabos...

Claudio TILLIER

La Poesía

Protesto

—:-:—

Porque el can se rinde y llega
humilde a besar la mano
de su amo, cuando le pega;
el sabio género humano
en solemne votación
y en escrutinio formal
ha hecho esta declaración:
«El perro es el animal
más hidalgo y más leal
que existe en la creación,
del «género» con perdón.»

Quien comete tal acción,
quien lame o besa la mano
que le azota o le avasalla,
es humano, cuadrumano,
o cuadrúpedo, un canalla
que une a la canallería
la nota de cobardía.

Disculpe el género humano
ésta humilde opinión mía,
éste yerro—si es que yerro—
pero si a mí, siendo perro,
me pegaran, mordería.
Y de hombre si hubiera quién
mi carne de hombre azotara
y en esclavo me tratara,
le mordería también.

Por lamer y besar manos
cuando ellos le tratan mal
llevan los perros bozal,
tienen los hombres tiranos
y sufren la triste pena
de mirarse reducidos
a vivir dando ladridos,
atados a una cadena.

Joaquín DICENTA

Para hacer reflexionar

A propósito de Bergson

—:-:—

I

Con razón los pensadores se apartan de las hipótesis, de pies de barro, que se edifican en el vacío, sin recurrir jamás al control exeperimental. Al situar su objeto más allá de los datos sensibles, la metafísica hace posibles todas las divagaciones; sobre un país que nadie visitará nunca, cada cual suministra, a su capricho, informes fantásticos, sin temor a ser desmentidos. He aquí por qué Bergson y su escuela fueron tan resueltamente sostenidos, cuando intentaron el salvamento de las creencias tradicionales; a pesar de los silogismos de Tomás, se hundieron en el descrédito. Hablaron de una metafísica experimental más profunda que la ciencia y que permitiría llegar al corazón mismo de lo real. Esencialmente práctica, la inteligencia humana no tendría por objeto el conocimiento desinteresado; inapta a comprender la vida, estaría a sus anchas entre los sólidos y triunfaría en las investigaciones geométricas o la fabricación de instrumentos. Ciencia y lenguaje, sus creaciones no interpretan ni traducen más que la superficie, el exterior de las cosas del espíritu, en modo alguno la continuidad imprecisa de la trama sin corte que constituye su *devenir*. Rompiendo la costra artificial de los estados de ánimo solidificados, llegaríamos, por un penoso esfuerzo de intuición, a contemplar la intimidad secreta, las pulsaciones originales del yo como de la materia. Chorro ininterrumpido, armoniosa fusión del conjunto, espontaneidad, contingencia caracterizarían la vida psicológica no deformada por los hábitos espaciales y lleno de colores cambiantes, de matices innumerables, objetos de contornos indecisos, sonidos inseparables de la totalidad rítmica de que forman parte, he ahí lo que percibirían nuestros sentidos vírgenes de preocupaciones militares, nuestros oídos, nuestros ojos libertados de tendencias prácticas que prestan a lo real un aspecto que él no tiene. Desdichadamente Bergson y algunos snobs fueron los únicos en penetrar dentro de aquel mundo desconocido; lo que ellos dijeron permaneció de una brevedad desconcertante, por causa de que el lenguaje no logró expresar un espectáculo inefable manifiestamente. Y, a pesar de los anatemas que llovían de todas partes, la ciencia no por ello disminuyó sus progresos; la razón continuó su obra crítica. Unos inútiles discursos de ropajes muy poéticos, tal fué la impresión que dejaron los escritos de los nuevos metafísicos.

II

Así como un veestido colgado en un clavo sobresale de este clavo, del mismo modo, dice Bergson, la conciencia enganchada al cerebro se desborda de este cerebro.» Y ese filósofo, que tiene la costumbre de reemplazar los argumentos serios por simples analogías, concluye que el espíritu *desenganchado*, libertado puede continuar vivieendo cuando desaparece el cerebro, «sin que yo pueda sin embargo prometer,—añade con una seriedad que raya en lo cómico—, más que una supervivencia temporaria, o sea sin que pueda prometer aun una supervivencia indefinidamente prolongada o definitiva.» En resumen, él adopta los temas de la metafísica judeo-cristiana y se limita a modificar algo los acuerdos juzgados marmónicos hoy; lo que hay de nuevo en él es el lenguaje, no las soluciones. El arte sutil del narrador, la galanura de los períodos, una finura de observación innegable no podían ocultar indefinidamente la enteca endebiez de su pensamiento. Que los espiritualistas tomen por ello partido, el encanto se ha roto del bergsonismo; la razón ha recuperado sus derechos. ¿Cómo admitir la existencia de un espíritu distinto del cuerpo, siendo así que lo mental permanece en una dependencia tan completa de lo fisiológico? Solo la comunidad de origen rinde cuenta del prodigioso paralelismo que hace coincidir de manera minuciosa las modificaciones cerebrales y los estados psicológicos. Las experiencias de Flourens han demostrado que el animal descerebrado no era más que una máquina, un autómata, capaz de ejecutar determinados movimientos reflejos o habituales, pero desprovisto de inteligencia y de necesidades. Y la ablación de los hemisferios cerebralees tendrá efectos tanto más notables cuanto más se elevará en la serie de los vertebrados; tan cierto es que el desenvolvimiento de la conciencia está en razón directa de la perfección del sistema nervioso.

L. BARBEDETTE

Mientras no hagais sino lamentaros, no se os concederá lo que pedis. Haceos temer.

HELVECIO

¿Qué es hoy el proletariado a los ojos del capitalismo? un instrumento de trabajo.

LAMENNAIS

Este número ha sido revisado por la censura

Editorial

Hacia un resurgir anarquista

La tarea es ardua, pero el camino está abierto. Conocemos la opinión de nuestros compañeros de América; la de los de Francia, también. La de España, dos publicaciones de doctrina y de combate existen: REDENCION y «Tierra y Libertad», cuyas opiniones, como se habrá visto, no pueden ser más coincidentes. Lo mismo podemos decir de las revistas. Constatemos, pues, a renglón seguido, que la coincidencia respecto a la misión ideológica del anarquismo en este momento, es absoluta en todas las publicaciones. A juzgar por las referencias dignas del mayor crédito que nos suministran nuestros camaradas portugueses, también coinciden con nosotros.

Es este un dato adquirido que puede servir de punto de partida para la elaboración de un plan de reorganización que dote de unidad de acción y de pensamiento, sobre un mínimum de puntos concretos, a nuestras fuerzas: Los anarquistas insitanos, españoles, incluso los emigrados, proclaman unánimente su oposición irreductible a prestar colaboración alguna a todo sector político.

¿Pero basta esto? ¿Es suficiente garantía el que su prensa lo proclame? No. No basta. Esto por sí solo no quiere decir gran cosa.

Sobre dos puntos deben concentrar su atención los anarquistas: sobre el problema de su reorganización sólida, en el plano nacional comprendiendo Portugal, y el internacional abarcando las relaciones con el Anarquismo de otros países; y el segundo punto, proclamar por medio de una declaración terminante, que sea el reflejo de todas las fuerzas consultadas, de que se desolidariza en absolute con las declaraciones, compromisos y tendencias equívocas prapaladas por su propia cuenta, por parte de determinados elementos de la C. N. T.

El Anarquismo español está con la C. N. T. que representa los principios de la A. I. T. y abandona a la absoluta responsabilidad de sus actos a quienes transgredan aquellos principios, quienes en todos los casos no representan a nadie fuera de sus propias personas.

¿Puede el Anarquismo español hacer esa declaración? En todo caso, debe hacerla.

Las libres declaraciones hechas desde la prensa, no bastan. La prensa puede despertar, y aun reflejar opiniones latentes, pero para que estas tengan un valor efectivo, es preciso que emanen de una voluntad afirmada colectivamente: Es indispensable que exista una organización, que sea esta quien dicte su criterio y acción pública a la prensa y no la prensa quien dé normas de organización.

No bastan las vagas declaraciones de Comités y de periódicos: hay que hacer organización, y cuando ésta exista, cuando se haya establecido una red de relaciones a través de todo el país, entonces veremos lo que se debe hacer y sobre qué tácticas hemos de fundar nuestra acción cotidiana de conjunto. Y cuando seamos una fuerza, en vez de servir comunicados a la prensa burguesa, en vez de decir lo que pensamos a nuestros enemigos, llegado el momento les dictaremos nuestra voluntad.

Demasiado tiempo hemos mirado hacia fuera: comencemos a proyectar y concentrar nuestra mirada hacia dentro.

Entendemos que es cuestión a debatir internamente qué debe de ser esa organización. Hay para ello un Comité Nacional nombrado, que no tenemos la pretensión de suplantar ni mermar sus facultades. No obstante, si las circunstancias lo demandan, expondremos nuestro plan de reorganización en otra ocasión.

Por el instantee, prestemos a dicho Comité todo nuestro apoyo.

Crónica semanal de prensa

La inauguración de esta crónica comienza por enviar un saludo a la recién aparecida publicación hermana *Tierra y Libertad*, órgano de la Federación Regional de G. G. A. A. de Cataluña y portavoz de la F. A. I.

Un excelente estudio sobre la absurdidad política, sobre todo la parlamentaria. Un comunicado del Comité Peninsular, por el que da cuenta del traslado del citado Comité a Barcelona. Reproducimos y suscribimos estas líneas: «Es firme propósito de este Comité Peninsular intensificar en lo posible el radio de acción de los grupos anarquistas, facilitándoles la mútua relación entre sí y el contacto constante y necesario para el buen desarrollo de un esfuerzo común tendente al mejoramiento social.

»No basta, camaradas, con que cada grupo contribuya con una pequeña cuota al sostenimiento del Comité Peninsular, es necesario que exista entre todos los grupos y entre estos y los Comités R. la frecuente relación necesaria para estar siempre de acuerdo o al corriente de las iniciativas de cada uno para tomarlas en consideración y realizarlas con la ayuda de todos. Es de todo punto imprescindible que, sin perder ningún grupo su autonomía, exponga sus puntos de vista al C. Regional y éste al Peninsular para que así, enterados todos de dicho punto de vista podamos apoyarlo en la medida de nuestras fuerzas.»

El reducido espacio de que disponemos, nos veda el comentar estos dos bellos estudios: *En el siglo de los niños*, y *El problema de la Tierra*.

Pedidos y giros: Industria, 205, 1.° 1.ª, Barcelona. Número suelto 15 céntimos.

En *La Volonté*, de París, 5-VI-030, Georges Pioch, dice apropósito del autor de *Grandezas y Miserias de una Victoria* (que acaba de editarse, también en español, y del que «El Sol» publica extractos):

«Un mariscal de Francia: Foch, le había dado algún mordisco y, más prudentemente, meado encima.

El Tigre, sobreviviendo a su glorioso y solapado agresor, se ha autorizado para reaccionar conformemente a su verdadera naturaleza.

¿En qué consiste la fe de los pueblos?

Que M. Clemenceau hubiese precedido a M. Foch en la muerte: y la Verdad, que no es la Historia, quedaba engañada una vez más. Pero en el momento mismo en que la tierra vendeana parece cubrirlo por entero, M. Clemenceau, es aun—tal Vautrin de Balzac—Burla—la—Muerte... Y he aquí que, vuelto a su sombra, Foch queda reducido a la impotencia cojido en las fauces divertidas y feroces del Tigre, las cuales lo tienen agarrado y lo zarandean como si fuera una estera.

Nuestra esperanza, y con ella, creo yo, la justicia, asisten así a una fiesta y, hasta, a una felicidad extraordinarias...

Es que la verdad no nos consuela, o no nos salva aquí abajo, sino en la medida en que las fieras se devoran entre sí.

He ahí que es cosa hecha, gracias a las reacciones póstumas de Clemenceau, el cual nos descubre de este modo, con una incomparable claridad, el beneficio que uno guarda incorruptiblemente, aun cuando se haya, como él, bien mal y gloriosamente vuelto la chaqueta, de haberse puesto, de espíritu como de instinto, a la escuela de la acción—«hija del dolor» como ha dicho nuestro Laurent Tailhade...

Evaluad lo que presentan, el uno contra el otro, llegada la muerte, un Foch y un Clemenceau: de esta manera habreis medido la distancia que media de la sacristía, donde se arrodillan algunos elevados profesionales militares, a la vida militante, donde se templan los voluntarios de la razón.

Desde una tribuna hablaba yo, hace de ello once años, contra el hombre de Estado omnipotente que no llegó a serlo sino a fuerza de renegar y disminuír en él al hombre solo, libre y verdadero, la «vida anárquica» de M. Clemenceau.

Los oyentes se quedaron sorprendidos al momento, sin que tuvieran necesidad de enviarme recado para que yo comprendiera su disgusto.

Yo les respondí: «Es que, apesar de todo, espero en Clemenceau para que la verdad se abra paso, un día, acerca de esa victoria a que todos estamos reducidos. La justicia: la que se espera, ¿será él quien la haga quizá?... No por gusto, por pasión hacia ella, sino por una reacción de su ser, extraordinariamente fuerte e intacto... Que se le hostigue un poco: y vereis como cocea, ese gran macho perverso; y hasta cocear tanto y también, que las almas más almibaradas en la credulidad pública quedarán desatornilladas... Nació y se realizó, antes de que se deshiciera él mismo, bajo los auspicios que no engañan: el amor de lo verdadero y el asco a toda servidumbre, por gloriosa que se la ensalce...

«El único y su propiedad», ¿quién es, entre nosotros, sino ese Clemenceau que figura al presente como el Padre—la—Victoria y el Muro del Orden?... Esperemos en él contra él mismo. Y vamos a comprender que M. Poincaré haya tenido interés en darle, en Metz, el ósculo de paz. No creo, por otra parte, que se haya asegurado, por esta precaución oficial, contra la justicia, y, finalmente, contra la impunidad...»

«Espero con avidez la continuación de Grandezas y Miserias de una victoria.»

En otro lugar:

«Oposición a los poderes públicos: ahí reside, y solo ahí, la escuela de la verdadera libertad.

»Nunca como ahora, esa necesidad se hizo más necesaria: las cruzadas contra la libertad de los ciudadanos y las libertades del individuo, jamás fueron más cotidianas, más cínicas, mejor favorecidas por el servilismo de la prensa y la apatía de la opinión pública...»

«El espíritu revolucionario no se confunde con el gusto romántico de las aventuras y de la destrucción por la destrucción. Es positivo y constructor. Tras el lado negativo de la indignación, viene el sentido positivo de la construcción. El revolucionario no es ni un borrego, ni un lobo: es un hombre.

Las ideas nacen sobre el duro suelo de la realidad, «no caen del cielo».

Nova Catalunya, Avd. Gral. Flores, 2772, Montevideo, publica en los números 34, 35, 37, 38, un estudio titulado: *Catalanisme y Anarquisme*, firmado por Empordanés, en los que se responde a otro del compañero Federico Pizana.

Hemos recibido el primer número de la publicación anarquista italiana: *Studi Sociali*, que el compañero Fabbri dirige. De la «decelaración preliminar», escrita por él, entresacamos lo siguiente:

Unidad de dirección

«El deber de la elaboración y preparación del próximo mañana impone el asumir una actitud acorde con nuestro pensamiento, de seguir la línea de conducta que la ciencia y la experiencia aconsejan: el tener, en una palabra, como brújula de orientación en la propaganda y en la discusión, una unidad de dirección.»

Nuestro programa

«...Más particularmente, por las vías y medios de acción, sobre el terreno de los métodos, nuestro programa es aquel que viene desde hace algún tiempo a esta parte denominándose «unionista», que propugna la asociación anarquista y la sindical, independientes una de otra: la primera, organizada con el criterio de la mayor continuidad y extensión posibles sobre la base del libre acuerdo de formación federalista y descentrada, en donde, dentro del área de los pactos y deberes voluntariamente aceptados por cada cual, sea plena y entera la autonomía de libertad de iniciativa y de acción individual y colectiva; la segunda, cual lo permita el grado de consciencia alcanzado por los obreros que la compongan, en quienes los anarquistas desarrollarán intransigentemente la propaganda de las propias ideas y una actitud en consonancia con estas, tratando de influir con la palabra y el ejemplo para que el movimiento obrero se vuelva siempre más revolucionario y la organización sindical se modifique y desenvuelva en un sentido siempre más libertario. Sin hacer de nuestra preferencia una cuestión programática, añadamos sin embargo que preferimos dedicarnos al movimiento específicamente anarquista y que, al menos en este momento, sus problemas son los que nos interesan con mayor ahinco».

Administración: Carlo Fontana, calle Perú 1537.—Buenos Aires.

La Voz Libertaria, es la publicación que nuestros compañeros emigrados editan en Bruselas.

Hemos recibido el número 8, notablemente presentado, verdadero alarde de buen gusto tipográfico.

Del artículo de fondo, reproducimos:

«Para nosotros la existencia en sí de una Monarquía o República nos es indiferente, porque en ambos casos es la perpetuación del régimen de la explotación del hombre por el hombre.

»Nuestra actuación está al margen de las ambiciones políticas. Como sindicalistas revolucionarios y como anarquistas, desligamos toda acción con los sectores de la política, llámense como se llamen.»

Propone La V. L. «se celebren Plenos o Congresos al efecto de dar solución adecuada a los problemas generales de orientación sindical y anarquista. La opinión de unas individualidades o Comités no basta en estas circunstancias. Hay que dar la sensación de una línea de conducta que sea el fiel reflejo de nuestros medios.»

La relación a través de las fronteras debe ser una realidad, más si se trata de los problemas de España, pues, son, por decirlo así, los problemas nuestros.

Dirección: L. V. Hem Day, Boite postale, 4, Bruselas, o Bélgica.

El «Socorro Rojo Internacional ha lanzado una hoja en la que leemos: *Guerra sin cuartel a todo gobierno que no liberte a los presos políticos sociales. Guerra a los verdugos de los revolucionarios.*

De acuerdo: Nosotros les proponemos aconsejen al gobierno de su partido comiencen con el ejemplo, poniendo en libertad al obrero *Francesco Ghezzi*, preso por revolucionario.

«Le Semeur»: Boite Postale, Falaise (Calvados) Francia.

En el número 161, excelente artículo de G. Yvetot sobre el camarada Luis Matha, recientemente fallecido.

«La Voix Libertaire», órgano de los federalistas anarquistas de Francia, en su número 59:

¿Neo-Anarquismo?, por Henri Catulu. A. Penissaguert, 20, Clos-la-Bergére, Limoges.

En otro número comentaremos la prensa de América y Portugal.

Estando este Sindicato reorganizándose, ruega a todas las publicaciones afines tanto nacionales como internacionales, que enviaban material de propaganda(Prensa, Hojas y Folletos) y que por causas de todos conocidas no llegaban a su poder, estimaría en lo que vale, reanudasen el envío en la inteligencia que, cooperará cuanto pueda a su estensión y apoyo material y moral.

Su dirección provisional es: Ronda, 62. Fernando Salgado.—Vigo.

Fraternalmente saluda a todos.

Por El Sindicato General de T. de Vigo.

El secretario general.—*Fernando Salgado.*

Comunicados a nuestros suscriptores y paqueteros que las ediciones del primero y segundo números, están completamente agotadas.

Alcoy está en fiestas de moros y cristianos. Por este motivo, nosotros que no somos ni lo uno ni lo otro, quizá nos veamos precisados a retrasar la aparición del cuarto número.

Tierra y Libertad, mandará siete ejemplares a José Saborido, Arcos de la Frontera. (Cádiz).

Servicio de librería de Redención.

El producto de la venta de libros se destina íntegro a dar vida a la publicación, a tal efecto, nos precisa que los pedidos vengan acompañados del importe. Como máximo, podemos hacer un descuento del 15 por 100.

Damos una nota de lo que podemos servir de momento, interín confeccionamos un extenso catálogo.

A Lorenzo. *El proletariado militante*, segundo tomo 3'00 pesetas.

Segundo Certamen Socialista Varios autores, 4'00 pesetas

Pí y Margall. *La Reacción y la Revolución*, 4'00 pesetas.

R. Mella. *La Coacción moral*, 1'00 peseta.

M. Gorki. *Páginas de un descontento*, 1'00 peseta.

P. Kropotkin. *Ensayos sobre moral* 1'00 peseta.

O. Mirbeau. *La Guerra*, 1'00 peseta.

H. Ibsen. *Un enemigo del pueblo*, 1'00 peseta.

E. Carpenter. *Estudios Sociológicos*, 1'00 peseta.

E. Reclus. *Evolución y Revolución* 2'22 *peseta.*

M. Nettlau. *Crítica literaria*, 1'00 peseta.

M. Bakunin. *Dios y el Estado*, 1'00 peseta.

W. Korolenko. *En Siberia*, 1'00 peseta.

Imprenta VDA. DE JULIO PUIG

LA SOCIEDAD LIBERTARIA

por

Jorge Bastien

□□□

(3)

Queremos abolir este sistema de robo organizado. Téngase bien en cuenta de que no es el capital material: terrenos, construcciones, fábricas, máquinas, productos, lo que queremos destruir; es el derecho a la explotación de que se aprovechan nuestros amos.

Decimos al pueblo que recupere las riquezas de que fué expropiado por violencia, robo, estafa, artimaña y demás medios utilizados por los amos, riquezas creadas por su trabajo, el de sus predecesores, o la naturaleza.

Que abola el odioso sistema de explotación y que ponga todos los bienes en común.

Somos comunistas libertarios, partidarios de la propiedad social, porque estimamos que es imposible el atribuír a un solo hombre o a un grupo de hombres el producto del trabajo, ya que en nuestra época de interdependencia económica, en que la producción del objeto más nimio pone en movimiento todo el mecanismo social, el producto es social y no individual. Por otra parte, no se puede admitir que unos hombres se declaren propietarios de algo, cogiendo la mejor tajada, dejando para otros la peor, o nada en absoluto. Esto sería restablecer la causa de las rivalidades y de los conflictos.

Cuando nosotros nos declaramos adversarios de la propiedad individual, no hablamos de los objetos de disfrute individual: prendas de vestir, objetos personales, la casa inclusive. El nuevo contrato social respetará en esos objetos la libertad de cada cual. La propiedad social, es la puesta en común de los medios de producción, de transporte, de comunicaciones, de trabajo en una palabra.

En vez de ser la cosa de los amos, serán de todos, y unas asociaciones de productores, de obreros de fábricas, de trabajadores de los campos, de personal técnico, agrupaciones de consumidores y de vecinos, substituirán ventajosamente, para el bien colectivo, a los propietarios, rentistas, patronos, hacendistas, banqueros, comerciantes, etcétera.

NUESTRA MORAL

Estamos en contra de la autoridad moral, religiosa, patriótica, familial, etc. Lo que no quiere decir que seamos inmorales.

Patriotismo, Religión, Civismo, respeto a la Autoridad bajo todas sus formas, otros tantos prejuicios cuyo único fin es convencer a los explotados de que deben resignarse, obedecer, no rebelarse, aceptar la suerte que sus Amos les destinan. Nosotros rechazamos esa moral de esclavos, que no podría convenir a una Humanidad libre. Nuestra propaganda tiene por blanco enseñar a los sometidos que son los iguales de sus amos, que no hay dos especies de hombres: los ricos y los pobres.

Al fárrago estúpido y caótico de la moral oficial, nosotros oponemos los principios de una moral humana y racional. Estos principios, son el respeto de la libertad del prójimo y la práctica de la solidaridad más completa. La libertad es necesaria dentro de una sociedad construída para el bien de todos. Ella tiene como hermana inseparable, la igualdad, no inscripta sobre unos monumentos, sino en la vida material, la igualdad de las condiciones sociales.

La Sociedad libertaria no puede ser más que la asociación, libremente consentida, y aún hasta deseada puesto que solo ventajas puede proporcionar a los asociados. Una sociedad no puede ser estable y racional mas que siendo todos iguales, descansándose en la libertad de cada uno, pues de lo contrario los abusos acarrean conflictos, el constreimñiento se hace necesario para mantener las clases sociales.

El otro gran principio libertario, es la solidaridad, esa gran fuerza que ha permitido a la humanidad salir de la animalidad. Por la asociación es como el hombre ha llegado a ser lo que es, y por lo que mantiene su civilización. La lucha por la existencia es la fuente principal de todos nuestros males. El hombre no es un lobo para el hombre sino a causa de que no está seguro ni del presente ni del futuro, que le induce a repeler los buenos sentimientos y afianzar sus instintos de lucha, si quiere conservar su sitio. Todo desenvolvimiento de la humanidad hacia una mejor y más elevada moral debe tender a rechazar el espíritu de mútuo despedazamiento y fortificar los sentimientos de solidaridad. Filósofos ha habido que han afirmado que un día llegará en que se practicará la solidaridad como se respira, come o anda. Es evidente que la evolución va en este sentido y condena los prejuicios actuales, semillero de odios y de divisiones.

Los prejuicios religiosos, patrióticos, autoritarios y demás alimentados con cuidado y método, han tratado siempre de poner obstáculos, a menudo sangrientos, dolorosos, siempre, a esta evolución normal y deseable. Todos los esfuerzos o sacrificios llevados a cabo para Dios, la Patria, la Autoridad, etc., han sido unos esfuerzos sustraídos a la gran causa de la humanidad, cuando no eran utilizados contra ella, como así aconteció con frecuencia. Al poner al servicio de la humanidad, de la solidaridad, de la cooperación moral y material de los hombres entre sí, todos aquellos esfuerzos y sacrificios, todas esas necesidades de obrar o de mostrarse abnegados que han desviado los falsos principios de moral, el espíritu nuevo acelerará por una progresión cada vez más rápida la marcha de la especie hacia el bienestar, la felicidad y la libertad. Ella exaltará las fuerzas, iniciativas y abnegaciones utilizadas para mejorar las condiciones morales y materiales de la humanidad; ella despreciará las fuerzas que se emplean en crear la miseria y el sufrimiento.

Esta moral, lejos de hacer abstracción del indivduo, lo pone por el contrario en su base misma. Para que un cuerpo se encuentre bien, es preciso que cada una de las partes que lo componen, aún la más pequeña, goce de buena salud. La enfermedad de una célula compromete la vida de todo el organismo. Para que la humanidad llegue al máximo de perfección posible, es menester que cada individualidad encuentre el máximo posible de libertad y de bienestar; es preciso que todos sus intereses y todos sus sentimientos la impelan a buscar la asociación de sus semejantes, y no a rehuirlos. Una sociedad perfecta no puede ser sino la perfecta armonía entre los indivíduos componentes, hallando todos los medios de llevar al máximo sus goces.

He ahí la moral, altamente humana, que los anarquistas oponen a los prejuicios sabiamente alimentados por los amos de ayer, de hoy y de mañana. La mayor libertad para todos, la más estrecha solidaridad uniendo a los humanos, tales son los grandes principios morales sobre los cuales queremos construir la Sociedad libertaria.

LA DICTADURA DE LOS INTELECTUALES

Tenaz, el espíritu de autoridad, o más bien la sed de dominación y de explotación, sintiendo desplomarse ba-

Continuará